

GESTALT EN PALABRAS PEQUEÑAS

Aportaciones teóricas para la práctica terapéutica

Francisco Fernández Romero



ÍNDICE

Agradecimientos	9
Prólogo	11
<i>Carmen Vázquez Bandín</i>	
Introducción hecha con palabras pequeñas	15
Cambiar para permanecer. Un capítulo para comenzar	19
ENTRE EL SILENCIO Y LA PALABRA	23
Palabras habitadas. Propuestas para una escritura gestáltica	25
Callar. Las posibilidades del silencio en psicoterapia	37
INCERTIDUMBRE Y ALTERIDAD	47
Cultivar la incertidumbre	49
La inquietante irrupción del otro. Reflexiones sobre la alteridad en la terapia y en la educación	63
“Dejarse sentir la herida”. Sobre la posibilidad de implicarnos en tiempos líquidos	75
UNA MIRADA ESTÉTICA	87
Pequeño mapa de asombros. Experiencias estéticas para aproximarse a conceptos gestálticos	89
Estar iguana. Poesía y psicoterapia Gestalt	103
¿A qué huele el tiempo? Acerca de la contemplación, la narración y la lentitud	119
Mirar el mundo dos veces. Lo terapéutico de la literatura	131

UNA PROPUESTA EDUCATIVA	159
Dejar sitio a lo que no es nosotros. Intentando una propuesta educativa desde la Gestalt	161
Hacia una pedagogía erótica	173
¿Conclusión?	185
Bibliografía	187
Acerca del autor	191

INTRODUCCIÓN HECHA CON PALABRAS PEQUEÑAS

Hay quienes escriben porque saben. Yo, en cambio, escribo para saber, para explorar algo que hasta entonces desconozco, para descubrir y asombrarme de lo descubierto. Escribir es mi forma de aprender, de pensar, de hacerme preguntas, de intentar contestarlas, de perderme y, a veces, de encontrarme.

Escribo de psicoterapia Gestalt porque es el enfoque terapéutico con el que trabajo desde hace aproximadamente 15 años y porque sigue apasionándome. ¡Hay tantos autores fundamentales en nuestro enfoque! Jean-Marie Robine, Margherita Spagnuolo, Jean-Marie Delacroix, Michael Vincent-Miller, Lynne Jacobs, Gary Yontef, Giani Francesetti, Carmen Vázquez, Peter Philipson... ¡Han dicho tanto y tan bien! ¿Queda aún algo por decir?

Quiero creer que sí. Intento, con este libro, acercar la teoría (esta teoría que es vasta, compleja y cambiante, imposible de aprehender en su totalidad) a la realidad cotidiana y viva de mi consultorio, de mi salón de clases, del espacio de supervisión. Salvar, en lo posible, esa inevitable distancia que hay entre la teoría —por bella que sea— y la realidad de todos los días.

Y es que allá, a veces lejos, está la teoría, interesante y dinámica. Y más acá estoy yo (y quizá tú) en mi consultorio y ante mi paciente, lleno de preguntas y de incertidumbre, intentando encontrarme con el ser humano que tengo ante mí para crearnos juntos. Allá la teoría, y acá yo (y quizá tú) en el salón de clases, queriendo facilitar a mis alumnos el aprendizaje de esta teoría, no siempre encontrando las palabras.

Allá la teoría, y acá yo (y quizá tú) supervisando el trabajo de otros terapeutas que con frecuencia me hacen preguntas que solo amplían mis propias dudas.

PALABRAS HABITADAS. PROPUESTAS PARA UNA ESCRITURA GESTÁLTICA

*¿Quién habla aún al corazón abrasado
cuando la cobardía ha puesto nombre
a todas las cosas?*

ANTONIO GAMONEDA

Se escribe de muchas formas. Plácidamente ante una taza de café o una copa de vino; en el silencio de una cabaña con el fuego crepitando en la chimenea; se escribe a mano o ante una pantalla; se garabatean notas en el bullicio de la calle. Se escribe por obligación o por necesidad. Esta vez, escribo con cierta urgencia, sin detenerme a pensarlo demasiado, con las palabras brotando.

Quiero escribir yo, es decir, en primera persona, apropiándome de mis palabras, y quiero escribirte a ti, al otro lado de la página, aunque por el momento no sé tu rostro ni tu nombre. Quiero encontrarte.

Quiero escribir acerca de la palabra, de la posibilidad de hablar (y escribir) no de cualquier manera, sino gestálticamente. Y es que desde hace un tiempo leo artículos y tesis relacionados con la Gestalt y me parece que no siempre son gestálticos. O lo son solo porque la Gestalt es su tema; sin embargo, no están escritos desde la Gestalt. El problema, creo, no está en el *qué* sino en el *cómo*. “Ahí el problema no es solo qué decimos, y qué es lo que podemos decir, sino también y sobre todo, cómo lo decimos: el modo como distintas maneras de decir nos ponen en distintas relaciones con el mundo, con nosotros mismos y con los otros” (Larrosa y Skliar, 2005: 26).

¿Qué tipo de relación genero con mi paciente a través de mi manera de decir? ¿Me acerco? ¿Me distancio? ¿Me muestro? ¿Me oculto? ¿Le toco? ¿Me dejo tocar? Hay formas de decir que se convierten en una barrera que en lugar de aproximarnos nos separa. “Porque la palabra es, también, un largo paréntesis entre el ‘yo’ y el ‘tú’, tan largo que a veces con la palabra no hay cómo avistarse, cómo tocarse, cómo intuirse” (Skliar, 2005: 45).

Está, cada vez más, esa forma de decir que busca la neutralidad; algo plano que nos haga iguales; un lenguaje técnico que sea común a todos, pero que en realidad no es de nadie. Dice el filósofo José Luis Pardo:

Hay un intento en marcha por librar al lenguaje de su incómodo espesor, un intento de borrar de las palabras todo sabor y toda resonancia, el intento de imponer por la violencia un lenguaje liso, sin manchas, sin sombras, sin arrugas, sin cuerpo, la lengua de los deslenguados, una lengua sin otro en la que nadie se escuche a sí mismo cuando habla, una lengua despoblada (Pardo en Valente, 2000: 190).

Temo que con frecuencia usamos ese lenguaje al escribir nuestros artículos y nuestras tesis y al hablar con nuestros pacientes: un lenguaje que no es nuestro, ni tuyo ni mío, sino de entidades que pretenden estandarizarnos y cancelar la riqueza de nuestras diferencias con el pretexto de hacernos comprensibles.

Si habláis ese lenguaje, nos dicen, hablaréis desde la realidad [...] pero a nosotros esa realidad nos produce una extraña sensación de irrealidad. Como si no tuviera densidad, cuerpo, como si al presentarse como una realidad abstracta, transparente y bien ordenada, nos apartara de la experiencia que es siempre situada, concreta, confusa, singular; como si comprendiéramos que esa manera de ver, de comprender o de objetivar nos impidiera ver y oír, nos hiciera sordos, nos convirtiera en incapaces de tocar el mundo y elaborar con otros el sentido (o el sinsentido) de lo que nos pasa [...] Si habláis ese lenguaje, nos dicen, seréis comprendidos por todos [...] Pero nosotros tenemos problemas con esa comprensión y, sobre todo, con ese todos. No queremos que se nos comprenda, sino que se nos escuche, y somos capaces de ofrecer, a cambio, nuestra capacidad para escuchar lo que quizá no comprendemos. Además, no queremos hablar para todos, porque sabemos que ese todos es, en realidad, nadie (Larrosa y Skliar, 2005: 32-34).

Me propongo y te invito a decir y a escribir gestálticamente, pues creo que tendríamos que hacer un esfuerzo para que nuestras palabras y nuestros textos sean más congruentes con la propuesta de nuestro modelo, con la novedad y la revolución de nuestro modelo, y que, aunque eso implica riesgo, también puede enriquecernos.

¿Y qué, hasta donde alcanzo a ver, nos propone nuestro modelo? ¿A qué nos invita? A usar la palabra con una comprometida intención estética. A pronunciarla no solo ajustándonos a formas preestablecidas, sino creando

posibilidades nuevas. A decirlo también a partir de lo sensorial y lo emocional, con el cuerpo y las entrañas, y no solo con la cabeza, dejándonos afectar, dejándonos transformar por lo que decimos al paciente. A usar palabras y no solo términos. A hablar mostrándonos a nosotros mismos, transparentándonos, dejándonos ver por el paciente, por la paciente, esos otros reales que no son una abstracción intangible.

UNA COMPROMETIDA INTENCIÓN ESTÉTICA

Hablar gestálticamente implica hacerlo con belleza. Intentar hacerlo con belleza, aunque no siempre lo logremos, aunque muchas veces solo alcancemos a rozarla.

“Nuestros fundadores han puesto la belleza en el corazón de la psicoterapia gestáltica”, dice Gianni Francesetti (2013), y con él, Robine (2010), Delacroix (2010), Spagnuolo (2005), entre otros; y es cierto: una de las propuestas más novedosas y revolucionarias del enfoque Gestalt desde sus inicios, y a la que regresaré varias veces en este libro, es la de partir de criterios estéticos para definir la salud y el crecimiento. “Nuestra naturaleza original es la belleza” dice Margherita Spagnuolo. Hacer terapia es, fundamentalmente, revelar al paciente su propia belleza, esa que lo restablece en su dignidad y en su verdad más esencial. Ayudarlo a volver a casa, como sugiere Alessandro Baricco en *Mr. Gwyn*, su hermosísima novela. No estamos hablando de algo bonito o agradable; cuando decimos belleza decimos claridad, intensidad, fluidez, espontaneidad, brillo, unidad, ritmo, nitidez, gracia. Decimos también protesta y rebelión, como nos recuerda Delacroix evocando palabras de Adorno: “La obra verdadera es una protesta en contra de la realidad en la que se afirma la dominación, una protesta capaz de transformar la agresión en transgresión”. Lo bello vendría entonces de la transformación de la sumisión en transgresión, en liberación (Delacroix, 2010: 26).

Desde nuestro enfoque, la búsqueda de belleza no es algo superficial o prescindible, sino la guía esencial de nuestro trabajo. Crecemos, nos sanamos y somos transformados por la belleza. “¿Con qué finalidad la buscamos y la creamos? —se pregunta Francesetti, y luego responde—: Porque, hemos dicho, transforma y deja huella” (Francesetti, 2013).

Y creo que no es posible revelar al otro su belleza si no somos capaces de asumir la nuestra; creo que no puedo reconocer tu belleza si no encuentro alguna forma de belleza en mí y si no dejo que mi belleza se exprese, ¿no tendría, entonces, que estar presente en nuestras palabras si pretende-

mos que sean gestálticas? No solo eso: ¿Podríamos afirmar que hablamos y escribimos gestálticamente sin un serio compromiso estético?

Atrevámonos a hablar con belleza, a mostrar la propia belleza por medio de nuestras palabras (y de nuestros actos). Estiremos las manos, la palabra, la intención para alcanzarla, para hacerla posible, y aunque no la alcancemos, aunque solo la vislumbremos a lo lejos, nos servirá como guía, como faro, y habrá valido la pena.

CREAR POSIBILIDADES NUEVAS

Jorge Larrosa dice, rotundamente: “Algunas formas de escribir y de leer, de hablar y de escuchar, extienden la sumisión, el conformismo, la estupidez, la arrogancia y la brutalidad” (Larrosa y Skliar, 2005: 27). Coincido: algunas formas de hablar y escribir nos limitan, nos constriñen, nos cierran posibilidades.

Sin duda, frente al paciente, nuestra palabra requiere claridad, precisión y profundidad. Es necesario apegarnos a la propuesta metodológica de nuestro enfoque. Es decir, es necesario ajustarnos; pero si solo nos ajustamos, si solo repetimos fórmulas, si no nos atrevemos a ir más allá de lo conocido y seguro, si no corremos el riesgo de crear algo novedoso; ese ajuste, esa palabra se vuelve neurótica y se empobrece. “La timidez más lamentable no es el miedo al instinto ni el miedo a hacer daño, sino el de hacer algo de una manera nueva, que nos sea propia” (PHG, 2002: 216).

Cuando digo que ese lenguaje parece vacío, me refiero a la sensación de que se limita a gestionar lo que ya se sabe, lo que ya se piensa, lo que, de alguna forma, se piensa solo, sin nadie que lo piense, casi automáticamente [...] cualquier cosa que se produzca en su interior da una sensación de “ya dicho”, “ya pensado”, una sensación de que pisamos terreno conocido, de que podemos seguir hablando o pensando en su interior sin esfuerzo, sin dificultades, sin sobresaltos, sin sorpresas, casi sin darnos cuenta (Larrosa y Skliar, 2005: 31).

Ajustarnos, sí, pero también crear y atrevernos a lo nuevo (*cf.* PHG, 2002: 9, 13). Supongo que ese es el reto: hablar con claridad y apegándonos a nuestro modelo sin por ello dejar de intentar formas propias y únicas, que nos sorprendan y nos revelen y nos amplíen. Si somos congruentes con la propuesta gestáltica, nuestras palabras son co-creadas a cada momento, surgen del encuentro con este paciente en particular, nos revelan, nos descubren, nos dicen.

CALLAR. LAS POSIBILIDADES DEL SILENCIO EN PSICOTERAPIA

*Tal vez un gran silencio pueda
interrumpir esta tristeza,
este no entendernos jamás
y amenazarnos con la muerte*

PABLO NERUDA

Me gustan los espacios en blanco en las páginas de un libro.
Me gustan los puntos suspensivos, su presagio.
Me gusta el instante previo a que inicie un concierto, luego de que los instrumentos se afinaron y el director sube al estrado.
Me gusta el lejanísimo rumor de la calle en la madrugada.
Me gusta ver dormir a mi hija.
Es decir, me gusta el silencio.

Por supuesto, decir algo así es una generalización porque no hay un solo silencio, sino muchos, y cada uno tiene su particular sabor, su propia textura. También hay silencios de dolor, de vergüenza, de miedo; silencios pesados como losas, angustiosos o interminables. Entonces me corrijo: me gustan algunos silencios, o quizá muchos. Me doy cuenta de que los busco, los construyo y, a veces, cuando paso tiempo sin ellos, los añoro.

¿No te pasa a ti, lectora, lector, que en ocasiones te sientes como sumergido, atrapado en el ruido? Gritos, bocinazos, anuncios, mentadas, consignas, consejos, opiniones, canciones huecas, el *hit* del momento, la noticia repetida hasta el infinito, las promesas de campaña, las exigencias, el último chiste, el reclamo...

Entonces necesito el silencio para recordarme, para darme cuenta de que sigo aquí, tan perdido como estaba entre la estridencia y el alboroto. “Porque hablamos demasiado sin decir nada, porque demasiado sin escuchar nada, porque estamos demasiado en el habla” (Larrosa, 2007: 600).

Creo que el espacio terapéutico puede ser, entre otras cosas, un lugar donde sea posible el silencio. Necesitamos el silencio “para reconquistar la

derrota sufrida siempre que hablamos largamente” (Larrosa, 2007: 600). Un lugar privilegiado, en ese sentido, donde el paciente deje fuera el griterío de lo que otros le demandan, le reclaman, le exigen, le venden, para encontrarse consigo mismo y con un otro, el terapeuta, que lo acoge o lo interpela con su humanidad y su presencia, aquí y ahora, abierto a lo que surja.

En el capítulo anterior hablé de la palabra gestáltica, de la necesidad de una palabra congruente con nuestro modelo, es decir, una palabra comprometida, habitada y con una intención de belleza. Su contraparte es el silencio. No quiero decir que es lo opuesto a la palabra, sino el lugar y el tiempo que la hace nacer.

El silencio suele ser un callar juntos. De hecho, el silencio no es algo que pueda hacer sin el otro, sin los otros. El silencio es una co-creación. No basta que yo me calle o que tú lo hagas; es necesario que lo hagamos juntos. Silencio: tu callar más el mío. ¿Cuántas veces es necesario ese silencio para que surja lo nuevo, para que la función *ello* emerja y nos cuente de las posibilidades que hasta entonces han permanecido en la oscuridad, latentes, en espera de ese vacío que las haga florecer? Lo *otro* haciéndose de pronto accesible gracias a nuestro silencio compartido. Sin la palabra es más fácil que aparezca el cuerpo, en este caso, nuestros cuerpos, tu cuerpo ante mí y mi cuerpo ante ti, y es ahí, en los cuerpos, donde reside nuestra vivencia de la función *ello*, según Perls y Goodman.

Por supuesto, en este encuentro habrá palabras y también sensaciones y sentimientos que en algún momento se volverán palabras, pero me parece necesario no olvidar que las palabras cobran su verdadero sentido, su real profundidad, cuando nacen del silencio.

EL SILENCIO ANTES Y DESPUÉS

Transformar el lenguaje prosaico en lenguaje poético es una de las propuestas de Perls, Hefferline y Goodman; pasar de un discurso vacío y ajeno, aburrido y mecánico, a uno cargado de sentido. Para ellos, “la poesía es, por lo tanto, el opuesto exacto al discurso neurótico [...] en la poesía, en donde toda la realidad debe ser transmitida a través del habla, la vitalidad del discurso se acentúa: hay más ritmo, es más precisa, está cargada de sentimientos, más dotada de imaginación” (PHG, 2002: 127-128).

Justo eso: que cada palabra dicha en el espacio terapéutico tenga sentido y peso, que no sobre ni falte, que sea precisa e intensa, que palpite. ¡Vaya reto el que nos plantean nuestros fundadores! ¿Cómo estar a la altura? Cuando he visto el trabajo de terapeutas que me asombran y conmueven,

CULTIVAR LA INCERTIDUMBRE

*Nunca conocí a quien se hubiese llevado
un porrazo.
Todos mis conocidos han sido
campeones en todo.
Y yo, tantas veces sucio, tantas veces cerdo,
Tantas veces vil...
¡Estoy harto de semidioses!
¿En dónde es que hay gente en el mundo?*

FERNANDO PESSOA

TE EQUIVOCARÁS

Originalmente pensé un título diferente para estas reflexiones. Se llamarían: “Compendio de mis dudas, errores y equivocaciones en psicoterapia. Primera de setenta y cuatro partes”.

No esperaba escribir las setenta y tres partes restantes (ni encontraría a quien quisiera leerlas), pero seguramente hallaría material suficiente para hacerlo. Lo que quiero decir es que se me da bien eso de dudar, equivocarme y tener errores. Con frecuencia dudo de si mi trabajo está siendo útil al otro, si cierta intervención fue hecha con bases claras o desde mis dudas. A veces me he preguntado si en realidad sirvo para esto.

Escribo también pensando en mis alumnos de psicoterapia que tantas veces veo detenidos por temor a equivocarse frente a sus pacientes o porque no tienen certeza de hacia dónde seguir.

¿Hay terapeutas que no se equivoquen, que no duden, que no se detengan porque el siguiente paso aún es borroso o desconocido?, ¿hay terapeutas infalibles? y, sobre todo: ¿me acercaría a un terapeuta así?

Sinceramente creo que no. ¿Cómo compartir mi debilidad, mis miedos, mis deseos oscuros con quien aparenta perfección, sabiduría, invulnerabilidad?

Creo que un terapeuta así me diría —aun sin palabras— que lo que soy no es suficiente, que solo lo sería en la medida en que me acerque a esa imagen impecable. La advertencia que nos hace Robine acerca de la vergüenza me resulta contundente: “Imaginaos hasta qué punto es extremadamente fácil para un terapeuta, para un supervisor, para un formador colocar a quien está acompañando en una situación de vergüenza diri-

giéndole implícitamente el mensaje de que sería mejor ser otro distinto de quien es” (Robine, 2006: 36).

Hoy sé que varias de las experiencias más significativas vividas con mis terapeutas han surgido a raíz de descubrirlos falibles, de verlos dudar y de que me fueran evidentes sus heridas.

¡De modo que tú también! Eso he pensado ante su fragilidad. No es que no supiera que tenían errores... lo sabía, pero eso no podía compararse con el hecho de mirarlos ante mí. Tú también. Entonces eres como yo. Y si ante mí aparece tu vulnerabilidad, entonces puedo mostrar la mía sin miedo a ser menos ante tus ojos, sin avergonzarme.

Creo, incluso, que solo hasta que vi las heridas y los titubeos de mi terapeuta fue cuando pude acercarme realmente y mostrarme de verdad. Recuerdo ahora mi trabajo con Alma, una paciente con quien empezaba a construir nuestra relación. Aquella sesión me habló de su autoexigencia y de su cansancio. La invité a poner atención a sus sensaciones y sentimientos al contarme aquello. “Lo que encuentro aquí dentro es un basurero”, me dijo. Esas palabras me impresionaron, sentí un vacío en la boca del estómago, puse atención.

“Cuando te escucho hablar así de ti —le dije— me enoja. Y en seguida siento ganas de alejarme”, y diciéndolo puse más distancia entre ella y yo. Justo entonces me di cuenta de lo que le pasaba con mis palabras. Vi sus ojos humedecerse y su barbilla temblar... y en ese momento supe que lo que acababa de decir no le servía de nada, todo lo contrario: la avergonzaba y confirmaba que su experiencia estaba mal. Lo que yo experimenté, el enojo y las ganas de distanciarme, no era falso, pero fui sumamente torpe al expresarlo así. Y logré justo lo contrario de lo que quería.

Nos alejábamos, lo sentí claramente. Lo que habíamos logrado construir hasta ese momento se tambaleaba. Casi podía percibir que el delgado hilo que nos unía estaba por romperse. Entonces decidí decirlo, justo eso, tal como lo sentía: “Parece que estoy haciendo lo contrario de lo que quisiera. Quiero acercarme a ti y me alejo. Quiero validarte y parece que te descalifico. Fui muy torpe al decirte eso Alma, muy torpe”.

En ese instante su mirada cambió, parecía asombrada. Nos quedamos en silencio un momento, sentí calor en mi rostro, y esa suave vibración que reconozco cuando me acerco a la frontera. Algo ocurrió. El resultado no deja de sorprenderme todavía: nos acercamos como nunca antes, y a partir de ese momento construimos juntos una relación de mayor intimidad y riesgo. Aún dudo si habríamos llegado a ese nivel de cercanía si no me hubiera equivocado en aquella sesión. Creo que no.

De inmediato pienso en Benjamin Zander, director de orquesta y maestro. Cuando uno de sus alumnos se equivoca, se detiene, le hace ver el error y enseguida sonrío y pregunta al grupo: “¿Saben cómo responder ante un error?... ¡Qué fascinante!”. Estoy completamente seguro que de como terapeuta he aprendido mucho más de mis equivocaciones que de mis aciertos.

Ahora sé que no hay manera de evitar equivocarme, así de simple. Ojalá ocurra cada vez menos, pero ocurrirá más allá de mis conocimientos o experiencia. No quiero olvidar que cuando eso pase me corresponde decirlo, sin ocultarme en tecnicismos o en mis teorías, aquellas que, dice Antonio Sichera, puedo usar “casi como un arma que se desenfunda en el momento oportuno para hacer valer una presunta superioridad en relación con el otro” (Sichera en Spagnuolo *et al.*, 2002: 38).

Y confío en que el simple hecho de aceptarlo y decirlo me permita acercarme a mi paciente de una forma más auténtica y transparente.

Más aún, cuando me equivoco como terapeuta y lo digo, estoy siendo terapéutico, estoy diciendo que en este espacio que co-creamos es válido errar, que eso no nos hace menos y que a pesar de esos errores —o quizá por ellos— podemos encontrarnos. Estoy diciendo que tenemos derecho a ser como somos.

Quando se está presente se acepta ser visto tal como se es [...] Se renuncia a la necesidad de gustar, de parecer. Estar presente es sentirse a la vez poderoso e impotente: poderoso en el sentido de que se tiene fe en la capacidad de ayudar al paciente, impotente porque se sienten los límites frente al otro que está ante uno (Schoch de Neufon, 2000: 106).

Sin duda, hacer terapia es hacernos más conscientes de nuestros límites personales. Alguna vez, mientras conversaba con una amiga terapeuta de otra corriente, ella me decía lo “peligroso” de que muchas personas se hagan terapeutas para compensar sus carencias y llenar sus vacíos.

Me queda claro que efectivamente sería riesgoso que fuéramos terapeutas solo por esa razón y nos olvidáramos del otro, del paciente que está frente a mí. Sin embargo, también me pregunto si hay otra forma de ser terapeutas que no sea desde nuestras carencias y vacíos. No lo creo. Al menos en mi caso, una de las razones que me hacen serlo es compensar estos huecos personales. Así soy, así llegué a este camino. Y es verdad: *al hacer terapia, sano mis propias heridas*. No encuentro otro modo de hacerlo.

LA INQUIETANTE IRRUPCIÓN DEL OTRO. REFLEXIONES SOBRE LA ALTERIDAD EN LA TERAPIA Y EN LA EDUCACIÓN

Nada es, todo se otea.

FERNANDO PESSOA

Y entonces, aparece el otro, la otra.

Irrumpe en mi tiempo y en mi espacio. Irrumpe en mi vida. Está aquí, ante mí, tratando de ponerse cómodo en el cojín del consultorio, disculpándose por llegar tarde, apagando su teléfono, sacando un cuaderno en el salón de clases, mirándome o no, escuchándome o no.

Entonces me callo (¿Sí? ¿En verdad me callo?) y escucho (¿De verdad escucho?).

Y es que hoy, esas preguntas están presentes todo el tiempo en mi encuentro (¿Pero de verdad me encuentro?) con el otro: ¿Me callo? ¿Lo escucho? ¿Lo miro? ¿Me dejo mirar? ¿En realidad existe para mí ese otro, esa otra, sentada en el consultorio o en cualquier otro espacio de mi vida?

Sería fácil responder que sí: soy docente y soy terapeuta, es decir, trabajo con los otros, para los otros. ¿Pero qué efecto tienen esos otros en mi vida? ¿De qué modo se entrelazan —o no— nuestras existencias?

El otro es siempre evocado cuando hablamos de educación o de psicoterapia. Es, decimos, la razón de ser de estas tareas.

“El ser humano es ser del otro, enfrente de otro, gracias a otro, por otro, para otro, con, contra. E incluso el contra es un con. Así halla su sentido de existencia y está allí para permitir que el otro halle su sentido de existencia”, dice Jean-Marie Delacroix (2008: 78), y dice Jean-Marie Robine: “¡Es el otro quien tiene la llave! Sin el otro, no se abre nada. Sin el otro, no existe nada; sin el otro, la expresión no existe; sin el otro, no existe la palabra” (Robine, 2006: 70).

Bello, conmovedor, sí, pero... ¿Quiénes son esos otros en realidad? La respuesta más simple es decir que los otros son aquellos que no son yo, que

no son nosotros. ¿Eso es todo? ¿Qué tan válido es definir a alguien en negativo, a partir de lo que no es? Pero más aún: ¿Cuándo digo “yo” y cuando digo “nosotros” sé en realidad lo que estoy diciendo?

“Nosotros” es una palabra que ha perdido su inocencia ante mí, igual que otras palabras: “Inclusión”, “Diversidad”, “Tolerancia”...

“Nosotros”: el arma de la lengua y del cuerpo que esgrimimos para, sin amorosidad alguna, defendernos de los otros”, dice Carlos Skliar (Larrosa y Skliar, 2009: 143).

“El ‘nosotros’ —dice Fernando Pessoa en *El libro del desasosiego*— es un curioso pronombre. Quiere decir yo y tú sin él. Y también él y yo sin ti. Y también él y yo contigo y contra el resto. En todo caso excluye siempre a alguien”.

¿A quién, a quiénes excluyo cuando digo “nosotros”? Nosotros como en oposición a los otros. Y los otros siempre aparte, en función de ese ‘nosotros’ que es quien determina siempre y sabe y elige.

¿Quiénes son los otros? ¿Qué es eso que llamamos *alteridad*?

LOS OTROS

La relación con el otro es una relación con un misterio.

EMMANUEL LÉVINAS

En un extremo está la idea de que los otros son el mal, el enemigo, una amenaza que habría que destruir para seguir siendo nosotros. Idea, sí, pero que se vuelve realidad en la guerra, la persecución, el genocidio.

Quizá esa idea nos parezca lejana. Después de todo nosotros somos terapeutas, personas que se dedican a acompañar a los demás. Sin embargo, esta concepción del otro como enemigo es solo una posibilidad. Hay formas más sutiles, menos evidentes de negar la alteridad. ¿Nos asomamos a ellas?

Niego al otro cuando lo vuelvo un tema, una temática a estudiar, cuando hago teoría acerca del otro sin el otro. Lo explico, lo “entiendo”, lo clasifico... Y ese “conocimiento” no es sino una forma de mantener al otro a distancia, como un mero sujeto de investigación y no como alguien real con quien puedo relacionarme, a quien puedo mirar, con quien puede suceder el encuentro. El otro es “la adolescencia”, “la retroflexión”, “la neurosis”, “la discapacidad”, y ya no una persona real con rostro, nombre e historia. Hago un discurso acerca del otro: un discurso anterior a una relación. “Nos hemos formado siendo altamente capaces de conversar acerca de los otros y altamente incapaces de conversar con los otros” (Larrosa y Skliar, 2009: 154).

Me hago preguntas acerca del otro, “profundas” preguntas, “importantes” preguntas... en lugar de preguntar al otro, y más aún, dejar que el otro pregunte y me pregunte; y todavía más: abrirme a la pregunta que me plantea la mera existencia del otro, abrirme a la pregunta que el otro es.

En muchas de las escrituras en que emerge, puntual, la pregunta en relación al otro, hay que decir: ¿de quién es esa pregunta? ¿Es una pregunta que es nuestra sobre el otro? ¿Una pregunta que es dirigida hacia el otro? ¿Una pregunta que presupone que el otro es aquel que debe, obligatoriamente, responder? ¿O se trata de una pregunta que es del otro, de su propiedad, una pregunta que viene del otro? ¿La pregunta primera en relación al otro es nuestra o del otro? (Skliar, 2008a: 98).

Niego al otro cuando lo defino solo por aquello que no tiene, por aquello que le falta, siempre en comparación con lo que yo creo poseer. La experiencia del otro es puesta en duda al compararla con mi experiencia: ¿Su lengua es realmente una lengua? ¿Su cultura es verdadera cultura? ¿Su darse cuenta es un auténtico darse cuenta? ¿Su ajuste es realmente creativo? En el fondo de esas dudas suele habitar la duda mayor acerca de la humanidad del otro.

Así, el otro es siempre una incompletud. Y no solo eso, sino una incompletud que me permite sentirme completo y siempre dispuesto a (y con el derecho de) completar al otro. Y entonces cuántas veces “La educación es la (tentación de) completar al otro, la (intención de) completamiento de los otros, la (necesidad de) hacer del otro aquello que no es, no fue y, tal vez, nunca podrá ser” (Skliar, 2008a: 60).

Carlos Skliar se refiere a la educación, pero ¿no ocurre algo parecido y a veces incluso más radical en la terapia? ¿Cuántas veces eso que llamamos pautamiento no es sino una búsqueda de aquello que al otro le falta?

Y he aquí un doble movimiento a ser revelado: por un lado, se despliega el movimiento de pensar al otro como incompleto, de hacerlo incompleto, de fabricar y producir más y más su incompletud, de marcar, controlar, evaluar y vigilar todos los detalles que suponen que hacen del otro un ser incompleto, un casi no-ser, un ser que aún no-es, un ser que no podrá ser nunca ser en sí mismo y por sí mismo, un sujeto desprovisto de sí mismo y despojado de la relación con los otros; por otro lado, se despliega el movimiento mismo de completamiento, la necesidad de completamiento, la violencia del completamiento, la voracidad del completamiento [...] Sin duda, la operación de la incompletud/completamien-